

DEL DEBATE INTELECTUAL A LOS INSULTOS “COMO CANCHA”¹



JOSÉ JUAN PACHECO RAMOS (*)

La era del combate teórico: Cuando la política se batía a punta de libros

Hubo un tiempo en que la disputa por el destino de las sociedades no se hacía con frases de quince segundos ni con trcaladas de impulsivas publicaciones virtuales, sino en el terreno de la doctrina escrita. La confrontación política e ideológica era, ante todo, un ejercicio de rigor, un choque conceptual donde las grandes mentes de cada época medían sus fuerzas mediante tratados, ensayos y libros que exigían meses o años de elaboración y semanas de pausada lectura.

El paradigma emblemático de esta dinámica se vivió a mediados del siglo XIX con el célebre duelo intelectual entre Pierre-Joseph Proudhon y Karl Marx. En 1846, Proudhon publicó su monumental obra *Sistema de las contradicciones económicas o Filosofía de la miseria*, un intento sistemático por analizar el funcionamiento del capital, la propiedad y las contradicciones del sistema socioeconómico desde una perspectiva anarquista y mutualista. La respuesta de Karl Marx no se hizo esperar y en 1847 replicó con un libro entero titulado, en mordaz e higiénica provocación, *Miseria de la filosofía*.

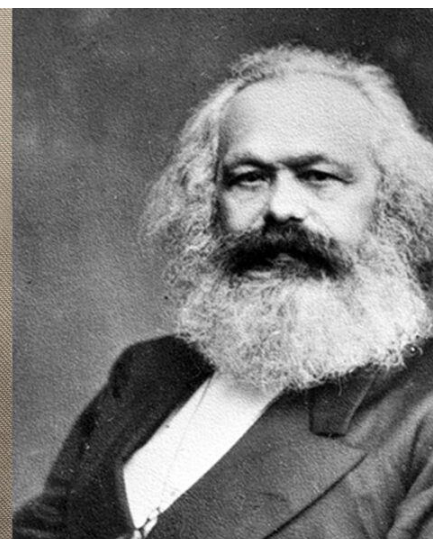
Marx no se dedicó a descalificar a Proudhon con



adjetivos; desarmó punto por punto la metodología, la teoría del valor y las premisas filosóficas de su adversario. La contienda ideológica exigía una «esgrima de argumentos»: para tumbar una tesis era indispensable construir una antítesis con igual o superior consistencia lógica y documental. Quien aspirase a dirigir el rumbo del pensamiento político debía dominar la pluma, la historia y la economía política.

La pluma como praxis: El ejemplo de Vladímir Ilich Lenin

Si Marx y Proudhon sentaron las bases de la disputa escrita en el siglo XIX, Vladímir Ilich Lenin encarnó durante las primeras décadas del siglo XX la integración absoluta entre la producción teórica y la praxis



política. A lo largo de toda su vida, en medio de la clandestinidad, el exilio, la persecución y el fragor de la revolución, Lenin jamás dejó de escribir.

Su obra no fue un producto colateral de su militancia, sino la columna vertebral de su acción política:

- El desarrollo del capitalismo en Rusia, 1889: Un denso trabajo estadístico y económico escrito en la cárcel y el exilio siberiano, redactado para demostrar empíricamente que el capitalismo ya transformaba la estructura agraria rusa, refutando las tesis del populismo naródnik.

(*) Doctor en Filología y Filosofía y Máster en Lenguas y Literaturas Modernas por la Universidad de las Islas Baleares, Maestría de Historia por la Universidad de París; ha publicado "*L'État et la guerre chez les Inkas*" (París, 2014), "*Jirones de Cultura*" (Lima, 2014) y "*Madame Bovary y La Traviata: dos mujeres transgresoras*" (Riga, 2019), "*Déjame que te cuente*" (Madrid, 2025)

1 La expresión "como cancha" significa en el Perú abundancia, alta cantidad de algo.

- ¿Qué hacer?, 1902: Obra clave donde conceptualiza la necesidad de un partido de vanguardia y la formación de revolucionarios profesionales.
- El imperialismo, fase superior del capitalismo, 1916: Un riguroso diagnóstico de la economía global que explicaba la Primera Guerra Mundial como una conflagración entre potencias monopolistas.
- El Estado y la revolución, 1917: Redactado en vísperas de la Revolución de Octubre para sistematizar la concepción marxista de la máquina estatal y la dictadura del proletariado.

Para Lenin y sus contemporáneos (desde Rosa Luxemburgo hasta León Trotsky o Nikolái Bujarin), las discrepancias tácticas o estratégicas se dirimían en folletos de decenas de páginas y libros controvertidos. La lucha por la hegemonía intelectual implicaba demostrar una comprensión superior de la realidad socioeconómica.

Una muestra del declive: El reclamo de Rodrigo Montoya en el Perú

Hacia el último tercio del siglo XX, esta tradición de debate sustantivo comenzó a dar señales de agotamiento, incluso dentro del ámbito académico y de la izquierda latinoamericana. Después del preclaro ejemplo del gran José Carlos Mariátegui y alguno que otro trabajo teórico de envergadura la intelligentsia peruana entró en declive. Un testimonio revelador de esta transición lo constituye el caso del destacado antropólogo y sociólogo peruano Rodrigo Montoya.

Al publicar en 1971 su influyente libro A propósito del carácter predominantemente capitalista de la economía peruana actual (1960-1970), Montoya presentó una rigurosa investigación sobre las complejas formas de producción que coexistían en la sierra peruana y su relación con la acumulación capitalista. Años más tarde, él manifestaba su profunda amargura y extrañeza: a pesar de la importancia decisiva del tema para el proyecto político de la izquierda y el desarrollo del país, nadie se tomó el trabajo de refutar su libro con otro libro. «Sé de numerosas críticas orales a mi trabajo, cargadas de insultos, pero lamento no conocer textos escritos a los que podría responder», escribe en el prefacio de la segunda edición de su obra (Mosca Azul Editores, 1978).

El reclamo de Montoya no era un arranque de vanidad académica, sino el diagnóstico de una grave afección cultural: la renuncia de la intelectualidad a la confrontación de largo aliento. La comunidad intelectual comenzaba a abandonar la investigación sistemática para sustituirla por el dogmatismo, el comentario de coyuntura y el consumo de consignas prefabricadas. La esgrima a punta de libro daba paso al desierto de la discusión escrita.

La mutación neoliberal: De la atrofia lectora al ruido digital

La consolidación del modelo neoliberal a partir de la década de 1990 no solo reconfiguró los mercados y las relaciones laborales, sino que también transformó de raíz la estructura

cognitiva de las sociedades. Bajo el influjo combinado de la televisión masiva de ínfima calidad, la atosigante publicidad comercial y, posteriormente, la irrupción masiva de internet y las redes sociales, el ecosistema cultural sufrió una mutación dramática.

	Debate ideológico clásico	Debate en la era digital
FORMA TO	Libros, ensayos, folletos	Clips, tuits, memes
TIEMPO	Reflexión y lectura profunda	Instantaneidad y dopamina
ENFOQUE	Argumento y evidencia	Burla, insulto, ataque personal
META	Comprender y convencer	Polarizar y viralizar

Este cambio se articula en tres dinámicas fundamentales:

1. La desaparición del hábito de la lectura: La capacidad de concentración prolongada se ha visto menoscabada. La lectura crítica de textos complejos exige silencio, disciplina y tiempo de estudio, condiciones incompatibles con la economía de la atención impuesta por las plataformas digitales.

2. La degradación del nivel intelectual: La sustitución del pensamiento abstracto y conceptual por el estímulo audiovisual rápido ha generado un fenómeno de infantilización del discurso público. La complejidad se percibe como una molestia superfluamente técnica; la simplificación burda se vende como “claridad”.

3. El reinado de la inmediatez: El debate dejó de ser un proceso de persuasión racional para convertirse en un

espectáculo en tiempo real, donde lo que prima no es la validez de la premisa, sino el impacto emocional instantáneo.

El público consumidor de este ecosistema ha perdido el entrenamiento necesario y la capacidad para seguir un razonamiento largo o identificar falacias. En este terreno empobrecido florece una política reducida al eslogan y la caricatura.

La política del insulto: Trump, Milei y el fin de todo debate serio

En este escenario de vacuidad teórica han emergido figuras políticas como Donald Trump en Estados Unidos, Javier Milei en la Argentina, Santiago Abascal en España y otros líderes populistas de similar catadura en diversas partes del mundo. Estos personajes no representan una causa ajena a la degradación cultural, sino que son su síntoma más depurado.

En la oratoria de esta nueva ola de líderes, el argumento ha sido erradicado por completo y sustituido por una descarga incesante de epítetos, motes hirientes e insultos directos:

- En el discurso trumpista los adversarios no son ponentes con visiones contrarias de la

economía o la sociedad, sino personas tildadas de “corruptos”, “locos”, “subnormales” o “enemigos del pueblo”.

- En la retórica libertaria de Milei quienes defienden la intervención estatal o la justicia social no son interlocutores en un debate macroeconómico; son descalificados sistemáticamente bajo etiquetas como “zurdos de mierda”, “parasitarios”, “ratas” o “enfermos mentales”.

Esta dinámica tiene consecuencias destructivas para el tejido colectivo:

1. El aborto de toda discusión seria

Cuando la arena pública se inunda de descalificaciones personales y burlas mediáticas, resulta imposible discutir los temas de fondo: la industrialización, la crisis climática, la precarización del trabajo, la reestructuración de la sanidad pública o el papel del Estado en la redistribución del ingreso. El insulto estéril cierra la posibilidad de analizar las causas estructurales de los problemas.

2. La división de la clase trabajadora en tribus enemigas

El insulto deliberado cumple una función táctica: fragmentar a la población en bandos

irreconciliables atrapados en guerras culturales secundarias. Trabajadores precarizados, jóvenes desempleados, profesionales empobrecidos y sectores vulnerables -que comparten una misma condición de explotación material y deberían unirse para exigir transformaciones de fondo- terminan enfrentados ferozmente entre sí, divididos por las pasiones tribales que azusan los nuevos demagogos. Conclusión: Recuperar la esgrima de la razón

El recorrido desde los debates epistolares y bibliográficos entre Proudhon y Marx hasta los gritos de tribuna y las publicaciones agresivas en redes sociales evidencia una involución en la historia del pensamiento político. La renuncia al libro no fue un avance hacia la democratización de las ideas, sino el empobrecimiento intelectual generalizado de la sociedad.

Recuperar el nivel del debate político no es una pretensión elitista ni un ejercicio de nostalgia por el siglo XIX. Es una necesidad política urgente. Mientras la ciudadanía permanezca cautiva del insulto fácil y la brevedad anestesiante, el poder continuará ejerciéndose sin contrapesos teóricos de fondo. Volver a la lectura rigurosa, al análisis empírico y a la confrontación respetuosa pero implacable de los argumentos es el único camino para superar la polarización estéril y reconstruir un proyecto colectivo que esté realmente por un cambio social y que sea consciente de su propio destino.

